

provecho para el Estado » Con estas palabras justifica Tácito la prudente reserva de su suegro, y al mismo tiempo condena las inútiles temeridades que tan á menudo glorificó en sus *Anales* y en sus *Historias*.

Al relevar á Agrícola, sin duda se había propuesto Domiciano inaugurar en Bretaña una política de paz que le permitiera reducir sus enormes gastos militares. Ya hemos visto cómo impuso la misma conducta á Trajano, que á dos pasos de campos de batalla magníficos, donde tantos generales habían encontrado gloria, se vió obligado á contener sus ímpetus y apagar su ardor. Cuando los ligios, en guerra con los pueblos eslavos, quisieron mezclar al imperio en sus contiendas pidiendo ayuda, se limitó



Rey dacio (1)

Domiciano á enviarles cien jinetes, algún dinero y promesas.

En otro punto de la Germania hubo de estallar una lucha terrible: un pueblo de brúcteros sufrió un gran desastre «por un favor particular de los dioses para con nosotros. El cielo no nos ha envidiado tampoco el espectáculo de ese combate en que han caído sesenta mil bárbaros, no al hierro de los romanos, sino á sus ojos y para su recreo. ¡Ah! ¡pluguiera á los dioses hacer que las naciones todas perseveraran en ese odio de sí mismas (2)». Este deseo homicida constituía desde Tiberio el fondo de la política imperial respecto de los bárbaros.

Los dacios establecidos en las vastas estepas, hoy habitadas por los húngaros, los transilvanos y los rumanos, desde el Temes hasta el mar Negro, con altas montañas para refugios, se habían multiplicado allí singularmente en cosa de un siglo. La vida es, en efecto, fácil en aquellas

(1) Busto del Museo de Nápoles, núm. 223 del Catálogo.
(2) Tácito, *Germ.* 33.

fértiles llanuras, donde el mismo campo da trigo diez años seguidos sin empobrecerse, abasteciendo con sus ganados buena parte de la Europa occidental, mientras la región montañosa es una de las más ricas del continente en minas de oro, de plata, de hierro, de cobre y de sal gema.

Hasta la época á que hemos llegado, no habían sido los dacios muy incómodos vecinos. Se habla de algunas incursiones en tiempo de Tiberio, pero no hubo invasión seria hasta el tiempo de la guerra viteliana, cuando Antonio dejó la Mesia descubierta arrastrando hacia los Alpes las tropas encargadas de su defensa. Pero ni esta invasión hubo de ser muy temible, cuando bastó una legión para atajarla, y un refuerzo enviado más tarde para restablecer la seguridad á lo largo del Danubio.

Mientras aquellas tribus permanecían aisladas, no eran ciertamente de temer; pero ya vimos en tiempo de Julio César que uno de sus jefes, de nombre Berébistas, había reunido los dacios con los getas y formado un imperio formidable que comprometió por un momento todo el valle del Danubio desde el Nórico hasta el Euxino.

Parece que semejante revolución se llevó á cabo entre los pueblos asentados al Norte del río en la época de los Flavios y que se reunieron al rededor de un caudillo hábil y resuelto que hacía á las mil maravillas la guerra de los bárbaros, incursiones audaces y fugas rápidas; pero capaz también de hacer la gran guerra, combinando maniobras y planes de batalla. Como Marbod en tiempo de Augusto, el Decéballo (3) soñaba en crearse un gran imperio, y sabiendo que la táctica romana doblaría la fuerza de sus bandas guerreras y que la civilización haría útiles para él inmensos recursos perdidos en manos de su pueblo, atraía á los desertores de las legiones y á los artesanos de provincias, á la vez que entablaba relaciones con todos sus vecinos y enviaba emisarios hasta á los partos.

Cuando se creyó dispuesto, pasó el Danubio, batió una legión, dió muerte al gobernador de la Mesia Inferior, Opio Sabino, y devastó toda la orilla derecha del río hasta el pie de las montañas. Domiciano debía vengar esta afrenta, y á mediados del 86 se trasladó á la Mesia, donde se reunía un ejército al mando del prefecto del pretorio, Cornelio Fusco; después de las primeras operaciones que rechazaron á los bárbaros á la orilla izquierda, se restituyó á Italia.

El año siguiente pasó Fusco el río y se aventuró temerariamente lejos de sus márgenes, teniendo que retroceder en una retirada desastrosa, en que perdió un águila, una legión y la vida. Fué vengada la afrenta un año después por Calpurnio Juliano, gobernador de la Mesia Superior, el cual venció á los dacios en una gran batalla, devastó el país y los obligó á pedir la paz.

A pesar de esta derrota, el Decéballo conservó, según parece, cierta altivez, y Domiciano, á pesar de su victoria, tuvo moderación. Esta guerra lo fatigaba y quiso acabarla imponiendo condiciones aceptables (diciembre 89); y habiéndole entregado los dacios las armas romanas, los prisioneros hechos y rehenes, retiró las legiones de su territorio, á condición de que habían de respetar ellos el del imperio. Los embajadores del Decéballo vinieron á Roma á entregar al senado una carta de su príncipe, que sin duda contenía el compromiso, y su hermano (?) Diegis fué al campamento romano á recibir una corona de manos de Domiciano, como si el jefe bárbaro estuviera reducido al rango de los príncipes que tenían de Roma su realeza. A

(3) Esta palabra que según una etimología sanscrita, *Dhavakabala*, significa la fuerza de los dacios, no es un nombre propio, sino un título.

fin de sellar la amistad con su nuevo aliado, envié Domiciano por presente dinero, objetos preciosos del palacio imperial y operarios hábiles en toda clase de oficios.

Esta paz no dilataba las fronteras del imperio. Pero ni Augusto ni Tiberio habían querido que la dominación romana pasara el Rin ni el Eufrates: Domiciano juzgó, como ellos, que no era prudente hacerle pasar el Danubio; y este será también el parecer de Adriano, cuando abandone las conquistas de Trajano más allá del Eufrates.

Esta prudente política hubo de costar á Domiciano la mengua de que lo llamaran tributario de los bárbaros los cortesanos de su segundo sucesor, que celebraron al conquistador de la Dacia como el vengador glorioso del honor romano.

Las palabras de Suetonio citadas más arriba y los hechos que conocemos alejan la idea de un tributo pagado á los dacios Plinio mismo, que con su belicoso emperador ha vuelto al principio de que Roma no trata, sino que manda, Plinio no hace alusión en el *Panegirico de Trajano*, sino á una paz negociada entre los romanos y los bárbaros, como se hacen todos los tratados, y á rehenes obtenidos, dice, á cambio de presentes, como si el nombre solo de rehenes, *obsides*, recibidos por el emperador, no fuera la confesión de la derrota de sus enemigos (1). Pero estos presentes eran usuales en la política imperial: lo había hecho Nerón con Tirídates de Armenia, y Augusto hizo mucho más con los reyes partos (2). Ya hasta tomaban los emperadores á su servicio bandas enteras de bárbaros, como aquella cohorte de usipios cuya extraña historia refiere Tácito; y los generales de Vespasiano habían concedido algún dinero á los sármatas y dacios ribereños del Danubio para guardar los pasos del río, como los ingleses, los rusos y hasta los americanos han pensionado á muchos radjáses, sultanes y jefes establecidos en sus fronteras. Domiciano renovó en forma de presentes este sueldo militar, y el mismo Trajano y Adriano seguirán su ejemplo.

Esta política que armaba á los bárbaros contra los mismos bárbaros era buena con un imperio fuerte y ejércitos valerosos; vendrá á ser, empero, un peligro y hasta una mengua, cuando se hayan perdido las virtudes militares, cuando los exploradores de bosques y los camineros á sueldo del imperio para despejar el país ante la línea de los campamentos de estación (*castra stativa*), no sintiendo ya tras sí la poderosa reserva de las legiones, gufen al pillaje de las provincias á los mismos á quienes debían vigilar y contener.

Los marcomanos, los cuades, establecidos por Tiberio á la izquierda del Danubio, entre la Marca y el Waag ó el Gran, los sármatas yaciges, entre el Temes y el Danubio, se negaron á ayudar al imperio durante la guerra dáctica. Amenazados por el ejército de Panonia, enviaron al emperador diputados, los cuales fueron asesinados. Se ignora cómo se salió de este conflicto, que hubo de ser muy gra-

(1) *Ne inducias quidem nisi aquis conditionibus inibant... obsides non emimus... nec immensis muneribus paciscimur* (*Paneg.* 11 y 12). Bien dice Dion que Domiciano pagó un tributo anual; pero ni Suetonio, ni Plinio, contemporáneos los dos, hablan una palabra de esto, que á ser cierto, no hubieran dejado de tomar en cuenta. Hemos visto las palabras de Suetonio y las razones de Plinio: en cuanto á Dion, no tenemos ya el texto de sus últimos libros, y es difícil armonizar las contradicciones de Jifilino. Por lo demás, si habla del tributo en el libro LXVIII, 6, no habla de él en el LXVII, 7, donde al contrario dice que Decéballo *δαινώ; ἐτεταλαπώρητο*. Eutropio (VII, 15) dice también sin comentario que Domiciano triunfó de los dacios.

(2) Nerón dió á Tirídates arquitectos y operarios para reedificar la capital de su reino, Artaxata (Suetonio, *Neró*); y Trajano dará también una pensión al rey de los roxolanos (Espanciano, *Adriano*, 6).

ve, cuando pereció en él ó de sus resultas toda una legión y Domiciano tuvo que escapar á uña de caballo, según nos lo representa Dion, huyendo á la desbandada de la persecución de los bárbaros (3).

Con todo eso, en los seis últimos años de este reinado no se habla de ninguna turbación en aquella frontera, lo que hace pensar que acaso se compusiera al fin todo, á fuerza de dinero.

Hacia el año 89, cuando aun no había terminado la guerra dáctica (4), hubo de aparecer en Oriente un supuesto Nerón. Los partos se disponían á sostenerlo; pero una car-



Domiciano laureado y armado de coraza (5)

ta amenazadora de Domiciano los obligó á desistir de su empeño entregándole el impostor.

En Africa, los nasamonios, rebeldes ya en tiempo de Vespasiano, se levantaron en armas otra vez, bajo este reinado, y fueron casi exterminados; con esto, la Cirenaica y la Tripolitana se vieron, por fin, libres de las continuas depredaciones de aquellos turbulentos y rapaces nómadas (6).

(3) Tácito dice (*Hist.* I, 2): *Coorta in nos Sarmatarum et Suevorum gentes*. Estacio, naturalmente, amplifica: *horrida bella* (*Silo.* III, 3, 170). Hubo por la parte de Panonia algunas hostilidades afortunadas para los romanos (Plinio, *Paneg.* 8). La cronología del reinado de Domiciano es muy difícil de establecer. Henzen (*Scavi nel bosco sacro de fratelli Arvali*, p. 107) afirma que el 89 estaba Domiciano ausente de Roma, acaso en la guerra de Panonia.

(4) El triunfo por la guerra dáctica fué celebrado, según Eusebio, en el décimo año del reinado de Domiciano, y según Marcial, en el mes de enero, por consiguiente en enero del 91.

(5) Busto del museo del Louvre.

(6) Esta sublección de los nómadas, dicen Zonaras y Eusebio, reconoció por causa las vejaciones de Domiciano. Pero ¿qué exacciones podían hacerse á un pueblo tan miserable, que al decir de Herodoto se mantenía de langostas? Los restos de la exterminada tribu se establecieron al Sur de la Marmárica.

El imperio conservaba pues su fuerte y sólido asiento militar: las provincias no se movían, las fronteras estaban muy bien guardadas, y á pesar de algunas ventajas insignificantes y pasajeras, los bárbaros sentían pesar sobre sí su recia y poderosa mano.

Sólo una cosa es triste ver: Roma, y sobre todo el palacio imperial. En vez del prudente administrador que hasta ahora hemos visto en él, vamos á encontrarnos ya enfrente de un tirano, sin don de consejo, cuya infausta memoria se ha denigrado justamente.

III. — CRUELDADES DURANTE LOS ÚLTIMOS AÑOS DE DOMICIANO.

Domiciano no se lanzó al crimen por sed de sangre ó capricho de verdugo. Él mismo solía decir que el número de los suplicios no depende de los príncipes; que no los que menos castigan son los mejores, sino los que son bastante felices para tener rara vez que castigar. Estas palabras no son de un maniaco de crueldad; sino que debió haber añadido que es de gobiernos capaces disminuir los castigos porque saben prevenir su necesidad. Domiciano, al revés, suspicaz é intranquilo, hubo de multiplicarlos por el terror mismo que él sentía y por el que inspiraba.

En muy pocas palabras explica su tiranía Suetonio. «Su conducta, dice, mezcló al principio el bien y el mal; pero poco á poco sus virtudes se convirtieron en vicios: la necesidad lo hizo codicioso, y cruel el miedo; *inopia rapax, metu savus.*»

Vespasiano había dejado ciertamente á sus hijos un tesoro bien provisto. Tito lo mermó mucho con sus prodigalidades, y Domiciano lo agotó con los enormes gastos de sus construcciones, fiestas y espectáculos, y sobre todo, con el aumento del sueldo militar, que debía exigir un desembolso de cincuenta millones anuales á lo menos. Al principio se mostró muy severo para los ingresos de los impuestos. «Hay uno, dice Suetonio, cuya recaudación se hacía con mucho rigor; el impuesto del didracma que debían pagar los judíos: por todas partes se denunciaban al fisco los que sin hacer profesión pública, vivían en la religión judaica, ó disimulaban su origen para sustraerse al tributo impuesto á su nación. Recuerdo haber visto en mi juventud á un recaudador registrar ante multitud de testigos á un anciano de noventa años para cerciorarse de si estaba ó no circuncidado» (1). Malas rentas, con príncipes sin escrúpulos, hacían muy luego una política detestable. Domiciano volvió á empezar la llamada caza de testamentos, y bastaba que una sola persona afirmara que había oído decir al testador que César era su heredero, para que se incautara de sus bienes. La ley de lesa majestad vino á ser también un recurso: una palabra, un acto imprudente arrastraba la pérdida de los bienes.

La crueldad de Domiciano se reveló sobre todo, y acaso pudiéramos decir, solamente, después de la conspiración de un personaje de alta condición, Antonio Saturnino, que pretendía descender del triunviro y de aquel tribuno faccioso que los italianos habían querido proclamar rey. Mandaba en la Germania Superior dos legiones, que sublevó, y llamó á los germanos en su ayuda. Un deshielo inopinado los detuvo á la orilla derecha del Rin, mientras Apio Norbano Máximo, gobernador de la Aquitania, abrumaba á Saturnino

(1) Suetonio, *Dom.* 12. La medalla con la leyenda: *Fisci judaici calumnia sublatá*, recuerda los esfuerzos del fisco frustrando las supersticiones, *calumnia*, imaginadas por los judíos y judaizantes para librarse del impuesto. La palmera es uno de los símbolos de la Judea.

en la orilla opuesta. Este rebelde contaba, á buen seguro, con otros que los salvajes aliados á quienes abría tan patrióticamente el imperio. Para amenazar á su príncipe sólo con dos legiones debía de tener cómplices en otras partes, sobre todo, en Roma; por eso Norbano tuvo buen cuidado de quemar sin demora la correspondencia del vencido.

Espantado el príncipe, los buscó por su parte con ahinco y los persiguió con encarnizamiento. Esta sublevación debe



Moneda con su leyenda: FISCI IUDAICI CALUMNIA SVBLATA. (Gran bronce.)

de ser del año 93, que al decir de Tácito y de Plinio, es la época en que comenzaron las crueldades de Domiciano. Así, pues, tres autores muestran la tiranía tras las provocaciones, las cuales no la justifican ciertamente, pero á lo menos la explican. «Muchos senadores, añade Suetonio, de los cuales algunos habían sido cónsules, fueron condenados á muerte como instigadores de conspiraciones.» Y no todas estas conspiraciones hubieron de ser imaginarias. En los Estados republicanos hay diariamente nuevas cuestiones políticas, y no hay más que una sola y siempre la misma en los Estados despóticos que no están aún amoldados á una servil obediencia: el cambio de señor. De once emperadores, contando también á César, siete han muerto ya á hierro ó á veneno; prueba de una constitución bien detestable del poder y del Estado; pero también «en la nobleza es un prodigio envejecer» (2). Dice bien el poeta: las antiguas familias se extinguen con espantosa rapidez. Para asegurar ciertas funciones religiosas, Augusto primero, y después Claudio, tuvieron que crear patricios, y Vespasiano en fin, acaba de hacerlo. Que entre las víctimas de los emperadores hubiera habido inocentes, que muchos fueran á la muerte por los más fútiles pretextos, cosa probable es; pero la vieja nobleza romana, después de haber vivido en conspiración constante contra Vespasiano (3) y su hijo, debía esperar que el príncipe, siempre amenazado, se defendiera con suplicios. Dura condición impuesta al emperador y á los grandes, al uno por el derecho de defensa y por las sugerencias de la venganza, y á los otros por los engañosos recuerdos de los tiempos republicanos y por la tentación de derribar un poder, cuya existencia dependía de una puñalada.

En los primeros días de un nuevo reinado se procuraba entrar en inteligencias, llevados todos de la efusión de la alegría y de la esperanza: de aquí aquellos comienzos pacíficos; pero las tristes é implacables necesidades de una situación infausta no tardaban en desarrollarse, y envenenándose cada vez más el odio, cada nueva víctima llamaba un nuevo vengador ó un nuevo suplicio.

Sólo una cosa hubiera podido hacer cesar esta lucha tremenda: entre estos encarnizados combatientes hubiera sido menester poner la ley, la ley que hubiera protegido al príncipe contra sus propios excesos, y á los grandes contra su

(2) *Protigio par est in nobilitate senectus* (Juven. *Sat.* IV, 97).
(3) *Assiduas conjurationes* (Suet. *Vesp.* 25). Juvenal dice también que Bruto no engañaría ya á los nuevos reyes, y añade: *Quis enim jam non intelligat artes patricias?* (*Sat.* IV, 101.) Esto no contradice lo dicho en otro lugar. Era menester tiempo para que los efectos de la reforma hecha por Vespasiano pudieran producirse, y ya hemos explicado, que si esta reforma disminuyó el número de las conspiraciones, no las suprimió enteramente, porque estaban en la esencia de aquel gobierno, aun dirigido por los mejores príncipes.

usurpación. Pero esta ley constitutiva del imperio tan útil y aun necesaria estaba todavía por escribir.

La guerra también, las ocupaciones de los campamentos, la gloria de las armas, hubieran dado tregua á la lucha interior. Una poetisa de este reinado, la matrona Sulpicia, deplora la paz que deja demasiado tiempo frente á frente á los adversarios irritados. Con Catón pide reveses que despierten el amor de la patria. «Sí, reveses para fortalecer el poderío de Roma, para salir de la muelle y enervante languidez de una funesta paz.» Otro contemporáneo, Juvenal, repitió este grito de guerra, que no despertaba ya los belicosos instintos de una raza degenerada.

Trajano lo oirá, y sus hazañas y su renombre militar harán glorioso y sin mancha su reinado. Pero ahora el parto estaba pacífico, el dacio apaciguado, contenidos los germanos y conquistada la Bretaña. Domiciano que no debía su suerte á la guerra, en que había sido poco afortunado, permaneció en Roma enfrente del senado, y como Tiberio, sin sucesión, sin apoyo, y por consiguiente amenazado como él. «No se cree nunca, decía, y dos grandes emperadores, Adriano y Marco Aurelio, lo repitieron después, nunca se cree á los príncipes sobre las conjuraciones de sus enemigos hasta que han perecido víctimas de ellas.»

Con el temor pues de estar siempre rodeado de asesinos, no tuvo ya Domiciano una hora de reposo. No dejaba sino muy poco tiempo en el ejercicio de su cargo á los prefectos del pretorio, temiendo que se granjearan la confianza de los soldados, y repartió las atribuciones del prefecto de la ciudad entre doce magistrados por no dar esta autoridad íntegra á uno solo. Y acabó por alejarse del comercio de los hombres, y vivió triste, ocioso, sin más distracción que la lectura de las Memorias de Tiberio.

Tiberio había tenido pocos amigos; el hijo de Vespasiano y Domitila no tuvo ninguno. Su isla de Capri estaba en Roma, en medio del palacio imperial. Esta soledad que ocultó infamias que Capri no había conocido, adulterios, abortos, etc., estaba poblada de los mismos terrores. Por una debilidad extraña, pero general en aquella época, Domiciano creía en el Destino, y esperaba conjurarlos luchando contra él con sus verdugos. Los astrólogos lo habían espantado con predicciones siniestras: para descubrir y matar á ese sucesor que jamás se mató, hizo sacar el horóscopo de los personajes importantes, y dió muerte á todos aquellos en quienes se fijaron sus sospechas. Así perecieron un consular á quien los caldeos predijeran una alta fortuna, y su deudo Sabino, porque el heraldo que en el Foro debía proclamarlo cónsul, hubo de proclamarlo emperador por un funesto descuido; presagio infalible á los ojos de muchos romanos.

Los delatores proscritos en los comienzos de su reinado aparecieron otra vez. La delación había sido ya un oficio lucrativo; pero jamás se había presentado el delator con la frente más alta ni con más cinismo de crueldad. Mecio Caro decía: «No toquéis á mis muertos», hablando de los desgraciados proscritos por su causa, de los cuales no consentía que se hablara mal: eran su fortuna y su orgullo, y quería que se les honrara para que se le temiera más; fiera de espadachín, que pretendió no haber dado muerte sino á hombres de buena casa.

Entonces se vió arrastrar á las gemonías á los cómplices reales ó supuestos de Antonio Saturnino, á los denunciados por los astros, á los que hacían sospechosos, sus riquezas, su noble origen ó la independencia de sus opiniones. En este último concepto fueron perseguidos los estoicos: Herenio Seneción, por haber escrito la vida de Helvidio, y Junio Rustico, por haber elogiado á Trasea. «La tiranía, dice

Tácito, extendió sus furores hasta á sus obras é hizo quemar por ministerio de los triunviros los escritos de aquellos grandes hombres en la misma plaza donde en otro tiempo se reunía un pueblo libre. Insensatos que creían sofocar á la vez en tales llamas la voz del pueblo romano, la libertad del senado y la conciencia de la humanidad entera.»

El hijo de Helvidio llevaba un nombre peligroso y no olvidaba los infortunios conyugales de Domiciano (1); Materno declamaba contra los tiranos; Salvio celebraba el día de su tío, el emperador Otón, y los tres perecieron. Una



Domitila, madre de Domiciano (2)

mujer se desnudó delante de una estatua del príncipe y fué condenada á muerte. En el aposento de Mecio Pompeiano había un mapa del universo y los discursos de Tito Livio; Lúculo, en Bretaña, permitió que sus soldados dieran su nombre á unas lanzas de nueva invención, y tuvieron la misma suerte. Bien se recordará á Epafrodito, aquel liberto de Nerón, que por orden de su amo, había ayudado al príncipe á darse la muerte. Esta obediencia era de mal ejemplo, y un hombre que había derramado la sangre de César, aun por orden de César, no debía vivir, y Domiciano lo hizo matar.

Como bajo el poder de Nerón, y por las mismas causas, el pensamiento libre fué tenido por sedicioso; expulsó de

(1) La emperatriz había faltado á su esposo con el histrión Paris. Domiciano hizo matar al histrión en medio de la calle y repudió á Domitila, á quien amaba en extremo. Después volvió á tomarla fingiendo ceder á las instancias del pueblo (Suetonio, *Dom.* 3; Dion, *LXVII*, 3).

(2) Único retrato conocido de Domitila. Cabeza colosal de mármol, encontrada en Puzolo, con otra de Domiciano (Museo Campana, Escamps, *op. cit.* núm. 79).